

Pía Montealegre, arquitecta:
“No tiene sentido recuperar Plaza Dignidad si aún existen los roces políticos que llevaron a destruirla”



Por **Martín Romero E.**

“Está en mejores condiciones que nunca”. La arquitecta Pía Montealegre Beach habla del Parque O’Higgins, lugar del que es vecina hace diez años tras reacondicionar una casa de la década del 20 en calle Beauchef.

“El año de descanso que el parque tuvo producto de la pandemia ha incidido en aquello. Hoy sigue en pie la prohibición de realizar asados y eso ha sido sumamente bueno porque sin eso no hay fogatas que puedan quemar los árboles. Además, la eliminación de eventos tremendamente corrosivos como la «Fórmula E» o «Lollapalooza», ha permitido que la infraestructura “verde” mejore. Y ojo, te diría que nunca he visto un uso tan intenso del parque como en los últimos meses, los fines de semana son impresionantes. Está como al límite de su capacidad de uso”, agrega.

Doctora en Arquitectura y Estudios Urbanos de la UC, académica del Instituto de Historia y Patrimonio de la Facultad de Arquitectura de la U. de Chile, Montealegre ha trabajado el cruce de los discursos y

Académica de la U. de Chile dice que “probablemente” la mirada de ciudad de la alcaldesa Irací Hassler “no se ajuste a las situaciones que son políticamente más difíciles de administrar como lo es el centro histórico”.

prácticas políticas con los proyectos urbanos. Uno de sus últimos trabajos («El parque de Allende, los parques de Aylwin», 2020) apunta a establecer cómo la construcción de parques sirvió como instrumento político.

Esa confluencia entre ciudad y política ha estado presente en buena parte del debate sobre la crisis urbana que vive el centro histórico de Santiago, donde hasta

el Presidente Boric intervino en redes sociales celebrando la ausencia (pasajera y limitada, por cierto) de comercio ambulante en la Plaza de Armas. Y ayer, con un inédito proyecto de acuerdo de la Cámara de Diputados, que manifestó su “preocupación” ante el “crítico estado de inseguridad e insalubridad en Santiago” y le pidió al Mandatario disponer mediadas de ayuda a la comuna.

—¿Cuál es tu diagnóstico sobre lo que pasa en el centro de Santiago?

—Hay una variedad de situaciones y estamos en momentos donde se gana y se pierde terreno. Estamos viviendo una crisis y el espacio público refleja las crisis sociales, económicas y culturales. Hay un tema de control de orden público y estamos lejos de una situación óptima, mucha delincuencia, mucha actividad de comercio informal y venta ambulante. Además de mucho deterioro del espacio.

—¿Hay alguna solución de mediano plazo realista que permita cambiar el estado del centro? Uno tiene la sensación de que es un callejón sin salida.

—Hay que distinguir situaciones. Los espacios hay que recuperarlos para el uso

de las personas, hay que generar planes de largo plazo de restauración de fachadas y de todo lo que se ha ido perdiendo en términos materiales en estos años. Pero hay que ir aplicándolo paulatinamente, no tiene ningún sentido plantear hoy una recuperación completa del sector de Plaza Dignidad, si todavía existen los roces políticos que detonaron el uso del espacio público que llevó a la destrucción de ese lugar. También se debe plantear un control del comercio ambulante, pero en ciertos lugares: Plaza de Armas, Puente, Huérfanos y Ahumada, e ir tratando de recuperar de a poco. Esto se debe hacer con un apoyo intersectorial, no es un problema que pueda trabajar la Municipalidad de Santiago por sí misma. No tiene ni los recursos, ni las capacidades, ningún municipio los tiene. Es una problemática estructural.

—Si no se saca nada con hacer cosas rápidas, ¿cómo ves el plan de la alcaldesa de Providencia, Evelyn Matthei, de empezar a recuperar Plaza Italia y el café literario del Parque Bustamante?

—Me parece completamente legítimo. Pero Plaza Dignidad es un espacio en disputa y es una disputa entre la ciudada-

nía y el poder; porque el poder también disputa su espacio. A mí me parece lógico que una alcaldesa de derecha exprese y manifieste materialmente lo que es una voluntad política, el espacio público es eso: control, resistencia, etc. Ahora, ¿saber si eso será una plata completamente botada?, ¿si estas obras van perdurar? Creo que no van a durar mucho, pero son gestos que son necesarios de hacer, que tienen un simbolismo de voluntad de recuperación. Lo que no puede pasar es dejar el espacio en abandono, alguien tiene que asumir ese rol.

“Santiago es enorme y con puros problemas difíciles”

—¿Para ti cuál es el peor problema que enfrenta el centro de Santiago?

—La recuperación del centro histórico. Los que vivimos en la comuna, y aquí hablo como vecina, estamos viviendo una crisis de orden público. No hay carabineros suficientes, eso lo sabe cualquier vecino de Santiago. Tenemos una dotación que es absolutamente injusta y además son una especie de “servicio público” que deben estar disponibles para una serie de eventos que no tienen nada que ver con el control del orden público. Esa crisis se arrastra desde hace muchísimo tiempo y hoy llegó a su punto cúlmine. Esto se manifiesta en el caso del casco histórico de Santiago, con una sensación de vulnerabilidad, inseguridad, que tiene que ver con una anomia, una falta de control; todo el mundo hace lo que quiere, se apropian del espacio público de la forma que quieren. Y estamos perdiendo esa batalla.

—No deja de sorprender lo ocurrido en las últimas semanas en Plaza de Armas. Peleas y acuchillamientos a plena luz del día.

—Es insólito, súper preocupante y muy dañino. Lo que se vio esta semana (el apuñalamiento de un guía turístico que intentaba frustrar un asalto) es tan chocante que espanta a las personas y hace que la gente deje de usar el centro. Este es un tema estructural de la institucionalidad con que se gobierna el centro de Santiago, que es intersectorial. Aquí se necesitan recursos y compromisos de las instituciones.

—¿Cómo has visto la gestión de la alcaldesa Irací Hassler frente al tema? Lo de la “democratización del espacio público”, para entregar permisos a comerciantes ambulantes, que anunció cuando llegó al municipio fue claramente un error.

—Sí. Creo que en general hay que hacer aprendizajes, entender que hay grises y dejar de teorizar tanto; empezar a entender lo que le pasa a las personas. La alcaldesa venía con una mirada muy desde los barrios. En esas zonas yo siento, como vecina, que se ha visto un mejor Santiago, una mejor calidad del espacio público, más cuidado y limpio de lo que se había visto en administraciones anteriores. Sin embargo, el problema del casco histórico del centro de Santiago es tan grande que

ha superado las capacidades no sólo de la alcaldesa, sino que también de las posibilidades de una institución como la municipalidad. En ese contexto, cualquier mensaje equívoco respecto a libertades en el uso del espacio público comienza a pasar la cuenta.

—Hace unas semanas el arquitecto y exsubsecretario del Patrimonio, Emilio de la Cerda, criticaba que Hassler, a diferencia de sus antecesores, no tenía una visión urbana del centro.

—Creo que podría ser un diagnóstico acertado, pero con matices. Lo que pasa es que la alcaldesa Hassler tiene una mirada de ciudad que proviene desde los barrios. Su origen en el mundo político (como concejal) proviene de la acción barrial, entonces su mirada de ciudad es que están funcionando bien los barrios, pero probablemente no se ajuste a las situaciones que son políticamente más difíciles de administrar como el centro histórico y los lugares de escala metropolitana. El Barrio Universitario y Meiggs tienen una población flotante de dos millones de personas. En ese sentido, Hassler ha ido anteponiendo la mirada del residente, pensando en que Santiago no sólo es lo que conocemos como “centro”, si no que es una comuna gigante donde viven 500 mil personas. Santiago es una comuna enorme y con puros problemas difíciles.

—Eso es interesante. Quizás las administraciones anteriores estaban más preocupadas de la escala metropolitana de Santiago que de los barrios residenciales.

—El tema es muy complejo. Son escalas muy distintas de problemáticas: unas requieren de mucho contacto con la comunidad, un trabajo fino de escucha y participación. Otras, podríamos decir, necesitan soluciones radicales y anónimas. En el encuentro entre esas dos escalas es cuando se producen los problemas más difíciles de gobernanza del centro. Por ejemplo, los residentes de las torres de la Remodelación San Borja tienen que convivir con la vecindad de un área que se ve fuertemente afectada por un problema que es de escala nacional, como lo es el estallido social.

“La ciudad que recordaremos es una que evidencia la crisis”

—Hoy parece que el debate sobre la utilización de la ciudad tras el estallido y la pandemia, se redujo a una mirada sobre el control del orden público. Es como si la política hubiese renunciado a emprender grandes proyectos urbanos.

—El último gran proyecto urbano, de escala de ciudad, todavía duerme en un cajón: el eje Alameda-Providencia. No hemos visto grandes proyectos de ciudad en el último tiempo. Claro, estos proyectos son difíciles. Para hacer un proyecto grande se necesita una cierta voluntad un poco dictatorial. La participación siempre hace que todo se vuelva más complejo, más lento. Obvio, la participación es buena y la queremos porque todos deseamos

opinar. Faltan iniciativas y proyectos que nos unan y se piensen a largo plazo, y que no se estén desmantelando en el paso de una administración a otra como pasó con el plan Alameda-Providencia.

—Los últimos gobiernos optaron por hacer ciudad sin mayores complejidades: ciclovías, áreas verdes, pero nada a gran escala.

—Ahí están las dificultades propias de hacer ciudad y los intereses de los imaginarios espaciales de cada mandatario. Han existido presidentes más grandilocuentes, otros más interesados en realizar pequeñas “acupunturas” en la trama urbana y otros que han sido carentes de imaginación. Si hay algo que ha faltado es esa voluntad de continuidad de las políticas públicas. Vuelvo al plan Alameda-Providencia que tuvo un proceso participativo muy amplio que lo validaba y lo transformaba en el tipo de iniciativa que había que apoyar sin tratar de refundarlo.

—Investigaste las obras de remodelación que hizo el Mínuv durante la UP en el Parque O’Higgins, que de cierta manera buscaban hacer más “popular” el uso del espacio en contraposición a la visión “aristocrática” que había estado tras la construcción de áreas verdes en Santiago. ¿Podemos hablar de una visión de ciudad de “izquierda” y de “derecha”?

—Los discursos son bien acomodaticios. Hay que pensar que el Parque O’Higgins hecho por Allende con esa enorme pista fue el mejor escenario para los desfiles en la dictadura de Pinochet. Se sintieron muy a gusto en ese lugar. Uno puede redactarle un relato político, ya sea de izquierda o derecha, a cualquier obra.

—Otro de tus trabajos muestra cómo la construcción de parques durante el mandato de Patricio Aylwin, sirvió como vehículo para el restablecimiento del concepto de democracia. ¿Cuál podría ser el legado urbano del estallido?

—La ciudad que vamos a recordar es una que evidencia una crisis. Los jóvenes, que serán los adultos en 20 años más, van a recordar esta ciudad medio lacerada, medio herida, incompleta. Quizás sea un legado o un anti-legado hecho por los tiempos históricos, pero que es valioso leer y entender. El espacio habla tanto desde los grandes proyectos urbanos como desde las manifestaciones civiles. Los que no vivimos en el cono de alta renta vivimos en una ciudad que está en sintonía con la realidad, crítica, imperfecta y de sacrificio.

—Una ciudad que muchas veces no es agradable.

—Es que la ciudad es expresiva de los dolores sociales. Generalmente hay que hacerse friegas con la realidad y el espacio de la ciudad ayuda en eso. A veces la realidad no es agradable, entonces creo que estamos viviendo en la ciudad que nos corresponde por el momento histórico que estamos. Yo por lo menos agradezco vivirla todos los días y ser parte de ese tejido y no vivir reclusa en una burbuja.



Para hacer un proyecto urbano grande se necesita una cierta voluntad dictatorial”.



El problema del casco histórico de Santiago es tan grande que ha superado las capacidades no sólo de la alcaldesa (Hassler), sino que también de la municipalidad”.